

Donny Meertens*

Cosiendo futuro: cotidianidad y proyectos de vida de mujeres desplazadas



*... Todas las mujeres del mundo
debieran llamarse Penélope
o si no, ¿por qué viven hilando el porvenir,
cosiéndole mañanas al ahora?
Juan Manuel Roca: "Mujeres del Mundo"*

De la destrucción a la reconstrucción

Desplazarse forzadamente a causa de la violencia significa romper con el proyecto vital, con una elaboración -sea ésta profunda o rudimentaria- del futuro personal a partir del pasado. La ruptura, no obstante, conlleva también la necesidad de la reconstrucción. Por ello, los y las desplazadas, aunque principalmente víctimas de la violencia y del terror, se constituyen, simultáneamente, en forjadores activos de un nuevo futuro. En este proceso de doble dimensión, se presentan profundas diferencias entre los dos géneros. Mujeres y hombres viven de maneras e intensidades distintas la violencia, el terror, el desarraigo y también reconstruyen en forma disimilar sus proyectos de vida y el tejido social de su entorno. A lo largo del proceso de desplazamiento y reconstrucción, sus vulnerabilidades, sus capacidades de resiliencia¹ y sus potencialidades se van configurando en

nuevas relaciones de género, no necesariamente más equitativas, aunque en ellas se vislumbran algunas tendencias de cambio. La más sobresaliente tendencia es la de que las mujeres campesinas, confrontadas con la supervivencia en el medio urbano, tiendan a ganar un poco más de autonomía y sociabilidad en sus proyectos de vida.

Los mismos esquemas tradicionales que habían restringido los espacios de las mujeres a los recintos de lo doméstico, lo privado y de las relaciones cercanas antes del desplazamiento, se convierten en un acervo positivo frente a los desafíos de la supervivencia urbana.

Las mujeres desplazadas generalmente tienen más flexibilidad que los hombres en asumir labores de rebusque, son más recursivas y pueden apoyarse en su larga experiencia de trabajo doméstico, ahora un recurso vendible. Tejen, con más habilidad y menos prevención que los hombres, un nuevo entorno social de reciprocidad y solidaridad al nivel de las relaciones cercanas. Frente a la dependencia de instituciones públicas, prefieren movilizar sus redes particulares.

En todos estos sentidos, y pese a la miseria, el desempleo, la nostalgia y ese sentirse desplazada que comparten con los hombres, los pequeños avances en la reconstrucción de su vida cotidiana pueden significar otros tantos en la construcción de su autonomía.

* Docente del Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo, Universidad Nacional de Colombia.

¹ Entendido este concepto como el acervo de fuerzas personales que evocan resistencia cuando se enfrenta la destrucción y provocan una actitud positiva ante la vida, a pesar del abandono, la exclusión o el rechazo social.

En este ensayo² me limito a explorar algunos ejemplos de los esfuerzos de supervivencia y la ampliación de los horizontes vitales de mujeres desplazadas. El enfoque escogido, sin embargo, no va en detrimento del reconocimiento de la tensión permanente entre la condición de ser víctimas de la destrucción, y simultáneamente agentes de la reconstrucción; o aún más, de las contradicciones inherentes a la representación simultánea del llanto y el tesón, el miedo y la esperanza, la nostalgia y la proyección al futuro.³

Tener un proyecto de vida va mucho más allá de las estrategias de supervivencia material. Incluye las dimensiones de experiencia e identidad, esta última no considerada como algo dado, sino como un proceso dinámico, complejo y relacional (Cockburn 1998:8-9, Malkki 1992:37). Abre perspectivas hacia el futuro en términos de esperanzas y propuestas, articuladas entre sí, tanto en los individuos como en las colectividades sociales (Sobernigo 1990:46-47). Tener un proyecto de vida sugiere una intención, una voluntad de superación, alguna planificación y sobre todo, cierta capacidad de controlar el curso de la vida cotidiana.

Por otro lado, el proyecto de vida también remite al pasado, pues incluye toda la carga de experiencias cotidianas vividas antes del desplazamiento, incluidos, desde luego, los hechos traumáticos que causaron la huida. Son experiencias cruciales que diferencian a las mujeres entre sí y nos permiten entender las particularidades de los procesos identitarios a través de los cuales las desplazadas reconstruyen sus vidas.

2 Algunos aspectos de este ensayo se desarrollan más en mis artículos en la *Revista Colombiana de Antropología* (enero-diciembre de 2000) y *Latin American Perspectives* (2001).

3 Las citas han sido tomadas de entrevistas en Santander y la Costa Atlántica, en el transcurso de las investigaciones realizadas sobre mujeres y desplazamiento en 1994 y con Nora Segura Escobar en 1995/6 y 1998/ 1999, esta última financiada por Colciencias.

A modo de contraste se presentan los diferentes avances en la reconstrucción de proyectos de vida para dos tipos de mujeres desplazadas: *las viudas* de la violencia que vivieron vidas tradicionales antes del desplazamiento, y *las líderes*, mujeres campesinas con experiencias organizativas previas.

Dos factores resultaron de especial importancia para captar las diferentes capacidades de reconstruir sus proyectos de vida, individual o colectivo, en la ciudad: el grado de inmediatez y de trauma con que tuvieron que abandonar el lugar donde vivían y las experiencias previas de participación en la vida pública (comunitaria, cívica, política).

Las viudas

En medio del drama personal las viudas han mostrado entereza para asumir la responsabilidad de sacar adelante a sus hijos e ingeniar las maneras de conseguir comida o algún ingreso. Por otro lado, esa misma responsabilidad de sus hijos, no les ha dejado tiempo para entregarse a las emociones o los recuerdos, de modo que se va aplazando casi indefinidamente el tan necesario duelo por la pérdida de sus seres queridos.

El primer relato, de una mujer cuya viudez fue causada por la retaliación desde diferentes orillas políticas, muestra los efectos desgarradores del conflicto político en todos sus matices al interior de una familia:

“A mi esposo lo mataron los paramilitares, por tener un hijo guerrillero, ellos decían que tenían que acabar con la última semilla. Siempre nos acusaban de auxiliares de la guerrilla, por ese mero hecho, nos querían obligar a decirles dónde estaba nuestro hijo, cuando ni nosotros mismos sabíamos si estaba vivo o muerto.... También desaparecieron al otro hijo, por ser hermano de guerrillero, pero eso si fue otro grupo guerrillero... Ese viejo era un viejo bueno, nunca se metía en nada, el único pecado fue tener un hijo que se había metido a la guerrilla... Antes de llevarse lo

estuvieron dos días en la casa, se quedaron, cocinaron, era como una especie de arresto domiciliario. Después lo vistieron de militar y se lo llevaron, no sin antes burlarse de él, por todo el camino. Lo vistieron así, diciéndole que si de pronto los atacaba la guerrilla y él moría, entonces lo habría matado su propio hijo... No tuve quien me ayudara en la salida... Uno trata de sobrevivir y seguir, pero son muchas las heridas que no cicatrizan. Los nietos son como la semilla de mis hijos, son como mis hijos. Yo vivo es por mis nietos..." (Mercedes)

Los momentos más difíciles son los de la primera supervivencia después del desplazamiento. Es cuando se juega el desconsuelo con la necesidad de ser recursiva. Las mujeres solas han buscado, más que la compasión de los hombres, la solidaridad de otras mujeres: familiares, maestras o comerciantes de la plaza de mercado. Así aseguró Belén la comida para sus hijos después de haber estado sumergida en el dolor:

"Yo tenía los ojos hinchados de llorar... A los cinco días de haber llegado a la ciudad, me llamó la señora que me había dado alojamiento y me dijo: 'a usted no le queda bien ponerse a llorar porque usted ahí no va a conseguir nada y usted tiene que pensar en levantar a esos niños. Póngase el corazón duro y mañana se baña bien y por allá, así no conozca, que hable con personas, que vea que le pueden ayudar y si le toca pedir, pida, no tenga pena' (...). Allá en el mercado me puse a charlar con una señora. Me regaló manguitos... y ella me daba la comida... y enseguida vi a una señora que tenía una proveedora y le dije oiga doña hágame el favor y me acredita una libra de arroz, aceitico, espaguetis, me dio huevos, pan... (me dijo) 'cuando consiga me los paga, no ponga a los niños a trabajar...' Ella dijo que la historia mía era bastante dolorosa. Allá los niños se van todos los días almorzado ... como ya sabían la historia de ellos, allá en ese mercado, en ese costal, tenían para comer, carne, arroz, de todo, tomate, berenjena, de todo me mandaban ..." (Belén)

A la vez es significativo que las viudas no buscan solidaridad con otras viudas o mujeres desplazadas del mismo lugar. Ese rechazo a compartir la misma historia deja manifiesta la necesidad de olvidarse del trauma sufrido, pero también remite

al miedo y al ambiente de clandestinidad que rodea a las sobrevivientes de una masacre. Por esa razón, las mujeres viudas no optan en ningún momento por el retorno. Pues ese lugar de antes simboliza a los mismos asesinatos o masacres que constituyeron su motivo de huida y la ruptura de su proyecto de vida.

"Yo no me devolvería sola, sin ningún apoyo. Si me devuelvo quiere decir que estoy con ellos, y yo nunca podría estar con los verdugos de mi familia, prefiero ser neutra aquí". (Mercedes)

Impedimentos emocionales, falta de recursos, razones de seguridad personales y por ende consideraciones éticas están presentes en el rechazo a la idea de retorno. En ese sentido, la reconstrucción de sus vidas en la ciudad obedece, no sólo a la resiliencia y la responsabilidad por los hijos, sino también al cierre de otras opciones.

Las líderes

Las mujeres que participaban en organizaciones (comunitarias, campesinas o de madres comunitarias) antes del desplazamiento, cuentan con más fortalezas para enfrentar la reconstrucción de sus vidas y la superación del desarraigo emocional y material.

Las experiencias previas de movilidad geográfica y social, articuladas a las oportunidades de participación en la vida pública, constituyen un acervo importante para nuevamente tejer redes sociales en torno a algún tema práctico de la supervivencia o el ejercicio de derechos de ciudadanía.

Todas las entrevistadas con experiencia organizativa previa, habían encontrado, en su juventud, algún camino para escapar al confinamiento del típico hogar campesino, sea a través de migración independiente hacia zonas de colonización, sea mediante el servicio doméstico en la ciudad. Haber viajado antes, haber desempeñado un

papel en la organización campesina o haber conocido la ciudad y las instituciones públicas, les daba una ventaja en la reorganización de sus vidas en forma más colectiva, después del desplazamiento forzado.

En las ciudades intermedias, especialmente en las de la Costa Atlántica, donde la experiencia organizativa de las mujeres rurales había sido más abierta que en otras regiones, pero también en Barrancabermeja y en la región de Urabá, se consolidaron organizaciones populares y no-gubernamentales femeninas, que han logrado una importante labor de asociación y apoyo mutuo como estrategia de supervivencia, económica y psicológica, de las mujeres desplazadas.⁴

Muchas veces, el proceso organizativo en la ciudad, por más incipiente que fuera, ha propiciado un nuevo sentido a la vida, una nueva sociabilidad y nuevos horizontes vitales, sin evocar las mismas tensiones políticas⁵ que causaron el destierro. De esta manera ha cumplido un papel terapéutico para sus integrantes:

“Mi mamá, ella no hacía sino llorar, llorar, llorar, la hemos sometido a terapia psicológica y ella no supera esa crisis... pero ella hace parte de nuestra organización y de pronto dice que la organización le ha servido muchísimo y no solamente a ella, Pienso yo, sino que a mí me ha dado conocimientos impresionantes a pesar de que yo ya venía trabajando en algunas cosas, trabajos comunitarios, pero es aquí que se ha consolidado realmente la organización y ha abierto posibilidades a uno”. (Cristina, líder comunitaria)

4 Por ejemplo, en Montería, la Corporación María Cano y la organización popular Orfedec fueron unas de las primeras en lograr una combinación de trabajo con resultados tangibles en materia de ingresos (tiendas comunitarias, ollas comunitarias), y el trabajo de apoyo y empoderamiento de las mujeres mediante la atención psicoterapéutica y el estímulo a su autoestima.

5 Desafortunadamente, cuando se revisó este texto, la Organización Femenina Popular en Barrancabermeja había sido víctima de serias amenazas que la han colocado en medio de las polarizaciones propias del conflicto armado.

Este planteamiento recobra aún más significado en el caso de las mujeres que habían logrado algún grado de liderazgo en su comunidad u organización de antes. Ellas han sobrellevado las penurias del desplazamiento con algo más de facilidad gracias a su experiencia previa y su capacidad de organización.

Ahora son ellas quienes dirigen las organizaciones comunitarias de desplazadas. En la ciudad han comenzado a experimentar nuevas formas de autonomía, no tanto en lo organizativo, sino en lo personal. Pero, el liderazgo femenino, en ese sentido personal, conlleva también costos. No es fácil defender un nuevo concepto del mundo y nuevas prácticas sociales en una situación de desplazamiento, y menos aún en una región que, como la costeña, es conocida por su proverbial subordinación de género.

“He tenido la posibilidad de capacitarme, de ver las cosas de otra manera, de poder tener la oportunidad de pensar las cosas diferente, de no ser una campesina dependiente; yo tengo mi autonomía, he logrado tener conocimientos. Nunca más busqué compañero, no, no, porque... yo pienso que la solución del problema económico de uno, no es depender de otra persona sino de uno mismo, en la medida en que uno se abra el paso, en la medida en que uno crea metas con uno mismo, así progresa”. (Maribel, antigua líder campesina, ahora líder comunitaria)

Los costos del liderazgo representados en la soledad afectiva, la falta de un compañero estable que acepte que su mujer tenga protagonismo en la comunidad e ingresos propios, son compensados por la plenitud que les brinda el trabajo por la satisfacción de las necesidades más urgentes y el empoderamiento de las mujeres en la ciudad:

“La finalidad de nuestra organización es crear realmente sólidas organizaciones de mujeres que nos permita luchar por la reivindicación de nuestros sectores... luchar por lo de nosotras... que las mujeres se valoren y sean reconocidas no como objeto sino como un ser útil, como persona”. (Maribel)

A modo de conclusión: supervivencia, organización y construcción de un nuevo futuro

Entre las víctimas del desplazamiento, las mujeres campesinas tradicionales, en especial las viudas de la violencia, han sufrido una mayor pérdida de su identidad social que los hombres. Sin embargo, son ellas quienes deben asumir la responsabilidad de la supervivencia física de la familia y enfrentar la construcción de una nueva identidad social en un medio urbano desconocido y hostil. Los hombres desplazados, por su parte, debido a su mayor movilidad geográfica y su mayor experiencia social y política, han enfrentado con más fuerza las rupturas con el tejido social de su entorno rural. Pero en la fase de reconstrucción de la vida familiar, las oportunidades para hombres y mujeres parecen invertirse: el impacto del desplazamiento se concentra para los hombres en su desempleo, situación que le despoja del papel de proveedor económico. En contraste, las mujeres parecen mejor equipadas para continuar las rutinas de las labores domésticas, tanto en el servicio a otros como en su propio hogar. A pesar de los traumas, la pobreza, la falta de espacio y tiempo para vivir el duelo, también para las viudas se han presentado nuevas posibilidades de desarrollo personal. Estas posibilidades se han presentado con mucha más fuerza en el caso de aquellas mujeres campesinas cuyas experiencias organizativas y de liderazgo previas al desarraigo ayudaron a sobrellevar las penurias del desplazamiento con más elementos para emprender la reconstrucción personal y colectiva de su vida urbana.

Bibliografía

COCKBURN, Cynthia, 1998. *The Space between us*. London, Zed Books.

MALKKI, Lisa, 1992. 'National Geographic: The Rooting of Peoples and the Territorialization of National Identity among Scholars and Refugees'. *Cultural Anthropology* 7 (1): 24-44.

MEERTENS, Donny, 2000. 'Género y violencia. Representaciones y prácticas de investigación'. *Ética: masculinidades y feminidades*. Ángela Inés Robledo y Yolanda Puyana (comps.). Universidad Nacional de Colombia, CES. Bogotá: 37-55.

___, 2000. 'El futuro nostálgico: desplazamiento, terror y género'. *Revista Colombiana de Antropología*, enero-diciembre: 11 2-135.

___, 2001. 'Facing Destruction, Rebuilding Life: Gender and the Internally Displaced in Colombia'. *Latin American Perspectives* 28, 1: 32-148. January.

MEERTENS, Donny y ESCOBAR, Nora, 1999. 'Éxodo, Violencia y Proyectos de Vida: La reconstrucción de la vida cotidiana de hombres, mujeres y jóvenes desplazados por la violencia, tres estudios de caso'. Informe Final de Investigación Colciencias-Universidad Nacional de Colombia.

SOBERNIGO, José, 1990. *El proyecto de vida, en busca de mi identidad*. Madrid, Sociedad de Educadores/Arenas.